

Reflexiones en torno a la crisis en la Unión

Europea

David Herrera Santana*

Palabras clave: Unión Europea, crisis, divergencias, convergencias, identidad.

Durante los últimos meses, numerosos medios de comunicación a nivel internacional han dado cuenta de la «crisis financiera» dentro de la Eurozona, una historia que tiene a Grecia como principal actor y a países como España, Irlanda y Portugal como coestelares. La noticia de la crisis ha impactado en numerosos sectores, específicamente en el financiero. No obstante, esta noticia también ha representado un cable a tierra en torno al análisis y la reflexión sobre la Unión Europea.

Si el euro es, hasta hoy, el símbolo del logro máximo del proceso de integración europeo, también representa el punto desde el cual comienza a desenmarañarse la madeja de contradicciones y de fracasos que son parte del mismo proceso de integración. La crisis actual no es sólo una crisis económica y financiera: es una crisis estructural y multidimensional que hasta el momento ha tenido sus mayores impactos en el ámbito de las finanzas, pero cuyas principales causas se ubican en el ámbito político, así como también se localizan en este terreno las posibles consecuencias más relevantes.

Para caracterizar a esta crisis multidimensional a continuación se apuntan tan sólo dos de sus componentes fundamentales, debido a que es imposible listar todos

* Maestro en Estudios en Relaciones Internacionales por el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Profesor de Asignatura adscrito al área de Política Exterior de México en el Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Profesor de Escenarios Regionales adscrito a la Jefatura de Relaciones Internacionales en la Facultad de Estudios Superiores Aragón. Miembro de los Seminarios Permanentes de Política Exterior de México, de Geopolítica y de Pensamiento Actual Latinoamericano en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y miembro del Proyecto PAPIME «Las escuelas de la geopolítica en el mundo y la formación de un diseño geopolítico mexicano».

aquéllos factores que unidos han dado vida a esta coyuntura. Por tanto, únicamente se pretende dar un panorama sobre algunos elementos que, a consideración del autor, se encuentran presentes en el difícil horizonte que enfrenta la Unión Europea al finalizar la primera década del siglo XXI. Estas reflexiones intentan contradecir el argumento de que es en el ámbito económico en donde se ubican los problemas europeos; por el contrario, se afirma que el verdadero problema es de carácter político.

Un proceso exitoso... pero con reservas: el peso de las divergencias políticas

Grecia ha dado la nota discordante dentro de un proceso de integración que en esta década sumó más éxitos a los ya obtenidos desde 1951, incluyendo doce nuevos miembros provenientes de la Europa central y del Este. No obstante, la pregunta a responder es si realmente han sido Grecia, España, Irlanda y Portugal los que han fracasado en esta década o si la Unión en su conjunto se ha topado con un obstáculo del que difícilmente saldrá bien librada.

La respuesta no es sencilla ni se encuentra tampoco libre de debate. En un primer acercamiento, se podría afirmar que no es la Unión Europea la que ha fracasado en su conjunto, sino sólo la Eurozona. Si se observa «la geografía del euro», rápidamente se verá que son únicamente dieciséis de los veintisiete países de la Unión los que la conforman. Las ausencias, sin embargo, son notorias y algunas de ellas se explican porque los países no han cumplido con los «estándares necesarios» para pertenecer a este selecto «club»; otras se explican por motivos netamente políticos.

El Reino Unido, fiel a su tradición escéptica ante la integración, es por mucho la ausencia más visible. Aún con una moneda fuerte en el ámbito de las finanzas internacionales, rechazó desde un principio su entrada a la Eurozona, con el afán de evitar controles supranacionales frente a sus políticas nacionales. Suecia y Dinamarca son los otros países que brillan por su ausencia, y en el segundo caso el referéndum sobre la adopción del euro ha sido pospuesto indefinidamente. Observando este panorama, se puede ver también que la introducción misma de la moneda única representó la agudización de una añeja polarización en la «Europa de la integración».

Cierto es que el éxito de la integración europea se debe medir con base en su planteamiento original. Aunque se haya optado por la vía económica, el objetivo fue

desde un principio netamente político. El deseo de evitar el surgimiento de una catástrofe similar a la acontecida de 1914 a 1945 fue la principal motivación para lanzar un proyecto que fuera capaz de vincular a dos acérrimos rivales y de «contagiar» con el espíritu integracionista a otros actores relevantes. Desde esta perspectiva, hasta hoy este objetivo se ha logrado.

No obstante, a la luz de la manifestación expresa hecha por los participantes en este proceso, a saber, la de «llevar más allá» la integración, se deben hacer algunas anotaciones. Ese «más allá» implicaba desde el principio la sistemática integración en asuntos políticos e incluso de defensa y no sólo en el ámbito económico, como ha ocurrido hasta hoy. Desde esta perspectiva, el surgimiento de una Eurozona en donde sólo participa parte de los miembros de la Unión, y en donde las principales ausencias se explican por motivaciones políticas, representa un gran fracaso.

Sin embargo, no hay que adjudicarle al euro toda la culpa. La explicación se localiza más en las distintas percepciones políticas que los miembros de la Unión tienen sobre el proceso mismo de integración. Cuando en 1951 fue creada la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), la firme convicción de que una Alta Autoridad supranacional dirigiera los destinos de la comunidad en ese ámbito tan limitado, se derivaba de la creencia de que sólo una instancia más allá del ámbito nacional podía obligar a los actores a buscar una mayor coordinación en un tema que era de sumo interés para sus economías, lo que sin duda tendría repercusiones políticas.

Pero para 1957 la historia comenzó a cambiar. El fracaso de la Comunidad Europea de Defensa (CED) y de la Comunidad Política Europea (CPE) en 1954, representó también el punto en el cual fracasaría la opción supranacional en el ámbito político. Las nuevas comunidades creadas por los Tratados de Roma ya no contaron con la figura de la Alta Autoridad, e incluso cuando en 1965 se creó la Comunidad Europea (CE), la noción misma de la Alta Autoridad sería borrada del imaginario de la integración. Cuando Charles De Gaulle, durante la misma época, expuso su visión de la «Europa de las patrias», también estaba exponiendo la vía intergubernamental que desde la década de los sesenta ha permanecido como la guía en el ámbito de la integración política. Es decir, que desde entonces las decisiones y los intereses

gubernamentales (nacionales) adquirieron primacía por sobre cualquier intento de imposición supranacional.

Hasta el día de hoy, Francia es partidaria de un intergubernamentalismo en el marco de las decisiones comunitarias. El Reino Unido es el otro país que prefiere la vía intergubernamental, pero con una marcada diferencia: entre menos se hable de decisiones políticas en el marco comunitario, y entre más se acote éste a los temas económicos, mejor será para los intereses británicos. Alemania, por su parte, es el actor que más se acerca a los planteamientos de corte federalista, aunque con el interés de que sea ese país quien domine el panorama político de la Unión, algo que ciertamente no es bien aceptado por los otros actores. Entonces una especie de federalismo, un intergubernamentalismo y un economicismo librecambista, son las principales perspectivas dentro del proceso de integración.[1]

A estos intereses encontrados, podrían sumarse las visiones divergentes de los nuevos países de la Unión, que en lo económico parecen acercarse a sus contrapartes occidentales, pero en lo político se salen del marco europeo para acercarse más a las visiones estadounidenses; ello quizá porque la Unión no posee ni el peso ni la voluntad política que estos países requieren para enfrentar las difíciles vecindades de la Europa central y del este, y sobre todo la enorme presencia de la Federación Rusa en el panorama regional. La propuesta fallida de instalar parte de un escudo antimisiles estadounidense en Polonia y República Checa, es tan sólo una muestra de ello.

Los principales golpes al proceso de integración, sin embargo, han venido de los miembros que ya llevan algunas décadas de pertenencia a la Unión, incluso de algunos fundadores. Nuevamente se puede citar el caso de Grecia que es miembro desde 1981. No obstante, también debe referirse el «No francés» y holandés al Tratado Constitucional en 2004, e incluso al posible «No irlandés», lo que refiere a dos miembros fundadores y a uno que lo es desde 1973.

Ni las pretendidas reformas de Amsterdam y Niza pudieron lubricar la maquinaria institucional para hacer frente a los problemas de intereses encontrados y abiertas divergencias entre los miembros de la Unión. Lo que aquí se ha mencionado es tan sólo parte de esta problemática.[2] Hoy las instituciones que fueron creadas para

[1] Cfr. Sami Nair, *El Imperio frente a la diversidad del mundos*. Areté, España, 2003, pp. 200–201.

[2] Cfr. Tamás Szemlér, «Future prospects of the European Union», en *Revista de economía mundial*, No. 22, 2009, 129–131.

seis actores y que sobrevivieron más o menos a la existencia de doce, convalecen ante una Europa de los veintisiete. La forma en cómo se ha enfrentado la crisis en Grecia, para volver al punto inicial, es muestra clara de esta debilidad estructural. Por estas fragmentaciones políticas, y por la falta de una acción efectiva comunitaria, es por lo que Maurice Duverger había urgido desde la década pasada la reforma de la maquinaria institucional.[3]

Las divergencias y la falta de voluntad política, por lo tanto, componen el principal problema interno de la Unión. Ello explica también por qué el ámbito económico, que es el más «supranacionalizado», también es el menos gobernado, como puede percibirse en la actualidad. Quizá también sea porque durante los últimos treinta años la única voluntad política en la Unión ha sido la neoliberal.

La no identidad europea y la difícil proyección al exterior

Lo que refiere lo anteriormente comentado, es la inexistencia de una identidad europea. Si ello es un obstáculo para las dinámicas que ocurren dentro de la Unión, lo es más para la forma en cómo la Unión se presenta ante el exterior. La pretendida Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) inaugurada con el Tratado de la Unión Europea, es muestra clara de esta problemática.

A principios y a finales de los noventa, Yugoslavia mostró la inoperancia de la PESC. Irak en 2003 tan sólo la reafirmaría. Y la «vieja» y la «nueva» Europa se dividieron al unísono de las declaraciones de un secretario de defensa estadounidense que vaticinaba el realineamiento del mundo en torno al unilateralismo de moda desde el año 2001.

No son problemas menores los que se plantean. ¿Cómo puede tener un peso político la Unión Europea si ante acontecimientos tan relevantes no posee una voz común? Es nuevamente en el ámbito económico en donde sí parece haber un consenso. El peso político de la Unión se demuestra en el marco de las cumbres de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en donde se «alinea» con Estados Unidos para defender los subsidios a la agricultura. Pero nada más. No existe una «voz europea». Las divergencias se proyectan al exterior. Algunos han afirmado que el

[3] Cfr. Maurice Duverger, *Europa de los hombres. Una metamorfosis inacabada*. Alianza Editorial, España, 1994, pp. 233 – 289.

mundo «estará mejor equilibrado si una gran comunidad europea sirve de contrapeso a la única superpotencia que ha quedado en el escenario luego de la desintegración del imperio soviético».[4] Sin embargo, ¿cómo servir de contrapeso cuando existen intereses económicos compartidos con el actor a contrarrestar y cuando los intereses nacionales en Europa pesan más que los intentos de unificación política?

Los estados europeos han elegido irse «por la libre» en cada momento de crisis intensa. En la década de los setenta ello marcó la llamada «euroesclerosis»; en el caso iraquí, los «nuevos» y los «viejos» caminaron por separado, y se alinearon ambos a los designios estadounidenses. Incluso hoy, ante la gran crisis que enfrenta la Eurozona, los planteamientos de retirada de unión monetaria están siendo seriamente debatidos y no son ya ni inverosímiles ni descabellados.[5]

El peso político de una comunidad estriba en su grado de unificación y en su capacidad de converger en temas e intereses comunes, y ello depende en gran medida de una identidad más o menos definida. Este es un presupuesto básico de toda política exterior. Y este es un requisito que la Unión no cumple en la actualidad. La «especial relación» con Estados Unidos, que De Gaulle criticó en algún momento al Reino Unido, es hoy una «especial relación» de la Europa unificada. Los momentos y espacios en que esa relación no existe o se disminuye considerablemente, son netamente parte del ámbito de lo nacional. La «especial e insalvable relación», también es muestra de la falta de identidad europea.

Los países europeos sin duda ocupan un lugar predominante dentro de las relaciones internacionales actuales. El segundo continente más pequeño de la tierra y el segundo con más estados dentro de él, alberga a potencias económicas con un peso político importante. Sin embargo, más allá del Estado, la Unión Europea carece de ese peso y hoy también carece de un proyecto común y bien definido a futuro.

Nuevamente, el problema radica en las divergencias y en la falta de visión de conjunto. Mientras estos factores no existan, tampoco existirá la «visión europea» sobre el mundo y mucho menos podrá la Unión adquirir un peso político de relevancia.

[4] Mario Vargas Llosa, «Una Idea de Europa» en George Steiner, *La Idea de Europa*. Fondo de Cultura Económica, México, 2006, p. 17.

[5] Cfr. Marko Papic, *et. al.*, «Germany, Greece and Exiting the Eurozone», en *STRATFOR*, 18 de mayo de 2010

http://www.stratfor.com/weekly/20100517_germany_greece_and_exiting_eurozone?utm_source=GWeekly&utm_medium=email&utm_campaign=100518&utm_content=GIRtitle&elq=777d27e54e7b432899e0a17f20ae8c70; Paul Krugman, «La trampa del euro», en *El País*, España, lunes 3 de mayo de 2010, pp. 14-15.

Hoy la crisis no sólo es económica, sino también política y de identidad. Lisboa ha sido incapaz de revertirla, aún con las innovaciones introducidas: no planteó una reforma integral de las instituciones, ni se planteó el fortalecimiento de la vinculación política; no se planteó tampoco un futuro autónomo, sino que se siguió la vía OTAN y la vía neoliberal. La crisis europea es una crisis estructural y amenaza con convertirse en una crisis de viabilidad. El papel que la Unión juegue en el mundo en el futuro y su viabilidad, dependen del papel que juegue hoy la misma Unión al interior de Europa.